

de San Felipe Neri. De este escritor tendremos que ocuparnos más detenidamente, Dios mediante, en otra ocasión. Por ahora, basten los siguientes datos biográficos, que él mismo escribió, con ocasión de haber sido requerido en el Proceso Apostólico ó Informaciones sobre la Aparición en 1666. A esta fecha, tenía 61 años de edad, como lo afirmó al fin del "Papel" que presentó: "Por ser necesario dar bastante razón de cómo sé lo que afirmo y certifico en este escrito, y no con ánimo de engrandecer mi temeridad, digo: que las noticias que tengo de las tradiciones de los naturales, traen origen de que desde mi niñez, entendí y hablé con propiedad la lengua mexicana, por haberme criado entre ellos, fuera de esta ciudad, y haberme perfeccionado en su inteligencia con el arte y con el ejercicio de Ministro de Doctrinas, por treinta y siete años . . . y porque en mi juventud fui señalado por Lector de lengua mexicana, en esta Real Universidad. . . ."

No es pues de admirar si la Traducción de la Relación fué siempre estimada por los Escritores que conocieron los dos idiomas mexicano y castellano; uno de éstos, Ignacio M. Altamirano, escribió que la Traducción de Becerra Tanco "es más indígena, conserva la sencillez de las locuciones populares, y refleja mejor la suavidad característica de la lengua *nahuatl*, en que indudablemente se conservó el principio de la Tradición." (Paisajes y Leyendas, Cap. X, § II, pág. 219.) A más de la Traducción hecha por Becerra Tanco hubo otras también, de mérito no inferior.

En el Archivo de la Colegiata de Guadalupe se conserva un "Cuaderno manuscrito, en folio, forrado en papel pintado, que consta de 54 hojas y llana útiles. Contiene . . . Item: Una Historia de la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe en mexicano, que parece ser igual á la que imprimió el Br. Luis Lazo de la Vega, en el año de 1649. A continuación están: una traducción castellana de esta misma Historia hecha por el Dr. D. Carlos de Tapia y Zenteno, de orden del Ilmo. Sr. Arzobispo Lorenzana; otra traducción de la misma Historia hecha por el Licenciado y Maestro D. José Julián Ramírez; y otra traducción literal palabra por palabra, hecha á solicitud del Caballero D. Lorenzo Boturini. Todo esto es copia de un papel hecho de masa de maguey, que original se guarda en la Real Universidad de México, en el Museo del citado Boturini: Inventario 8º, núm. 47."

Por favor del Sr. Pbro. D. Fortino H. Vera, Canónigo y Archivero de la Colegiata de Guadalupe, y ahora Obispo de Cuernavaca, á fines de Octubre de 1893, tuve en mis manos este "Cuaderno," con otros Documentos. La traducción está en dos columnas; en la una y en cada línea se pone una palabra mexicana, en la otra y en la línea correspondiente se pone una, y alguna vez dos palabras castellanas para expresar la significación de la mexicana.

Debo á la bondad del Caballero D. Santiago Beguerisse, de Puebla de los Angeles, una copia fiel y exacta de la traducción mandada hacer por Boturini; remitiómela por el Correo á San Luis Potosí, á fines de Diciembre de 1890, asegurándome que "el original en Mexicano obra en poder del Ilmo. Sr. Ibarra, Obispo de Chilapa."

El Caballero Lorenzo Boturini en su "Catálogo del Museo Indiano" impreso en Madrid, año 1746, pone: "Historia de Guadalupe, § XXXIV, núm. 3. Otra Historia nahuatl por el Br. Luis Lazo de la Vega . . . núm. 4. De esta Historia tengo su traducción en lengua castellana que mandé hacer para el intento:" la que se ejecutaría por los años de 1738-1742. A su tiempo, Dios mediante, nos ocuparemos de este asunto.

La Traducción lleva la siguiente portada:

"Traducción literal, palabra por palabra, de la Historia de Nuestra Madre y Señora de Guadalupe de México, impresa por el Bachiller Luis Lazo de la Vega en la misma ciudad, año 1649; y traducida al castellano á solicitud del Caballero D. Lorenzo Boturini Benaducci. Copiada de la que se halla en su Museo en la Real Universidad de dicha Corte, en el Inv. 8, núm. 7" En 1895 en el Colegio Pío de Artes y Oficios en Puebla de los Angeles, se imprimió con el Texto Mexicano la traducción mandada hacer por Boturini.

De esta traducción como de la de Fernando de Alva nos iremos sirviendo en seguida. La que vamos á dar es la traducción de Luis Becerra Tanco.

Pero hay que notar que el traductor se permitió añadir algunas explicaciones y notas al texto original en mexicano. Y aunque el mismo lector pudiera fácilmente reconocerlas, sin embargo, en algunos pasajes lo haremos notar con algunas observaciones que se pondrán al pie del texto del Traductor.

Texto de la Relación traducida por Tanco.

“*Tradición del milagro.* Corriendo el año de Cristo Señor Nuestro de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México y su provincia de la Nueva España, cumplidos diez años y casi cuatro meses, extinguida la guerra, y habiendo comenzado en aqueste Reino el Santo Evangelio, sábado, muy de mañana, antes de esclarecer la aurora, á nueve días del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido,¹ de los recién convertidos á nuestra santa fe católica, el cual en el santo bautismo se llamó *Juan*, y por sobrenombre *Diego*, natural, según fama, del pueblo de *Cuantitlán*, distante cuatro leguas de esta ciudad hacia la parte del Norte de la Nación Mexicana, y casado con una india que se llamó *María Lucía*, de la misma calidad que su marido, venía del pueblo en que residía (dícese haber sido el del *Tolpetlac*, en que era vecino), al templo de Santiago el Mayor, Patrón de España, que es un barrio de *Tlatelolco*, Doctrina de los Religiosos del Señor San Francisco, á oír la Misa de la Virgen María. Llegado, pues, al romper del alba, al pie de un cerro pequeño que se decía *Tepeyacac*, que significa *extremidad ó remate aguda de los cerros*, porque sobresalen á los demás montes que rodean el valle y laguna en que yace la ciudad de México, y es el que más se le acerca, y el día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá después de esto, oyó el indio en la cumbre del cerrillo, y en una ceja de peñascos que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que, según dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coro los unos y los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetía el cerro alto que se sublima sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar, donde á su estimación se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso Arco-Iris de diversos colores, que se formaba de una luz y claridad excesiva en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un

¹ Sencillo.

suave arrobamiento, sin temor ni turbación alguna, sintiendo dentro de su corazón un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dijo entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo? ó á dónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de deleites que llamaban nuestros mayores, origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial oculta á los ojos de los hombres?* Estando en esta suspensión y embelesamiento, y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre *Juan*, con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decía que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, y habiéndose aproximado,

Primera Aparición.

Vió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se ve en su bendita Imagen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, antes que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto, cuyo ropaje, dijo, *que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales que allí nacen, pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinos, de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes:* y hablándole aquella Señora, con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo:

—*Hijo mío, Juan Diego, á quien amo tiernamente como pequeñito y delicado (que todo esto suena la locución del lenguaje mexicano) ¿á dónde vas?*

Respondió el indio:

—*Voy, noble dueño y Señora mía, á México, y al barrio de Tlatelolco á oír la Misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.*

Habiéndole oído María Santísima, le dijo así:

—*Sábete, hijo mío muy querido, que soy yo la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo y Señor*

del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México, y al Palacio del Obispo, que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y cómo es gusto mío que me edifique un templo en este lugar: le referirás cuanto has visto y oído, y ten por cierto tú que te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mío, mi deseo; vete en paz, y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres; y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.

Postrándose el indio en tierra, le respondió:

—Ya voy, nobilísima Señora y dueño mío, á poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.

Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al Occidente, en ejecución de lo prometido. Fué vía recta Juan Diego á la ciudad de México, que dista una legua de ese paraje y montecillo, y entró en el palacio del Sr. Obispo: era éste el Ilmo. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Señor Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle: no le avisaron luego, ora porque era de mañana ó porque le vieron pobre y humilde; obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de Su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada, diciéndole: *que le enviaba la Madre de Dios, á quien había visto y hablado aquella madrugada; y refirió todo cuanto había visto y oído, según que dejamos dicho. Oyó con admiración lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; pero no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fe y crédito, juzgando que fuese imaginación del indio ó sueño; ó temiendo que fuese ilusión del demonio, por ser los naturales recién convertidos á nuestra sagrada religión; y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que había referido y le halló constante, con todo, lo despidió, diciendo, que volviese de allí á algunos días, porque quería inquirir el negocio, á*

que había ido, muy de raíz, y le oiría más despacio, por informarse (claro es) de la calidad del mensajero, y dar tiempo á la deliberación. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le había dado entera fe y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

SEGUNDA APARICION.

Volvió Juan Diego este propio día sobre tarde, puesto el sol, al pueblo en que vivía, y á lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de *Tolpetlac* que cae á la vuelta del cerro más alto, y dista de él una legua á la parte del Nordeste. *Tolpetlac* significa *lugar de esteras de espadaña*, porque sería en aquel tiempo única ocupación de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrillo en que por la mañana había visto y hablado á la Virgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje; así que la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo:

—“Niña mía muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el Obispo, hasta después de mucho tiempo, habiéndole visto, le dí tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atención: mas á lo que yo ví en él, y según las preguntas que me hizo, colegí que no me había dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí más despacio el negocio á que iba, y escudriñar lo muy de raíz. Presumió, que el templo que pides se te labre, es ficción mía, ó antojo mío, y no voluntad tuya: y así te ruego, que envíes para esto una persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mío, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envías; perdona, Reina mía, mi atrevimiento, si en algo he excedido á el decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caído en tu indignación ó te haya sido desagradable con mi respuesta.”

Este coloquio en la forma que se ha referido, se contenía en el

escrito histórico de los naturales; y no tiene otra cosa mía, si no es la traslación del idioma mexicano en nuestra lengua castellana, frase por frase.

Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oído, le dijo así:

—“Oye, hijo mío muy amado, sábete que no me faltan sirvientes “ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harían lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervención tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo: y así te ruego, hijo mío, y te ordeno, que vuelvas mañana á ver y hablar al Obispo, y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envía es la Virgen María Madre del Dios verdadero.”

Respondió Juan Diego:

—“No recibas disgusto, Reina y Señora mía, de lo que he dicho, “porque iré de muy buena voluntad y con todo mi corazón á obedecer tu mandato y llevar tu mensaje, que no me excuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no seré acepto, ni bien oído, ó ya que me oiga el Obispo, no me dará crédito; con todo, haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar, al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere: “y así queda en paz, alta niña mía, y Dios te guarde.”

Despidióse el indio con profunda humildad, y se fué á su pueblo y casa. No se sabe si dió noticia á su mujer ó á otra persona de lo que le había sucedido, porque no lo dice la historia; si no es que confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió á decirlo hasta ver el fin de este negocio.¹

¹ Todo este período, con la circunstancia de que á la sazón viviese la mujer de Juan Diego, llamada María Lucía, es una de las observaciones que Tanco añade al Texto; y él mismo lo declara con las palabras: “porque no lo dice la historia.” En la traducción, mandada hacer “palabra por palabra” por Boturini, é impresa con el Texto original Mexicano, en Puebla, en el año de 1894, tan sólo leemos en la página 25: “luego con esto se fué á su casa á descansar; y al día siguiente, Domingo”

El mismo Tanco en el “Papel presentado á los Jueces” de las Informaciones jurídicas de 1666, escribió: “Murió su mujer María Lucía dos años después de la Aparición.”

Pero el P. Florencia, que por el mismo año estaba en México, y que tuvo luego en sus manos los originales de las Informaciones, en su Obra (cap. XIII, § 7,) demuestra que Tanco “se debió de alucinar y por decir dos años *antes*, puso dos años *después*.” Efectivamente, la Relación antigua de que se sirve el P. Flo-

En el día siguiente, domingo diez de Diciembre, vino Juan al templo de Santiago *Tlatelolco* á oír Misa y asistir á la Doctrina Cristiana, y acabada la cuenta que acostumbran los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios, (que entonces era una sola y muy dilatada la de Santiago *Tlatelolco*, que se dividió después en otras cuando hubo copia de sacerdotes) volvió el indio al palacio del Señor Obispo en obediencia del mandato de la Virgen María; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del Señor Obispo el avisarle para que le oyese, habiendo entrado, humillado en su presencia, le dijo con lágrimas y gemidos: “cómo por segunda vez había visto á la Madre de Dios en el propio lugar que la vió la vez primera, que le aguardaba con la respuesta del recado que le había dado antes; y que de nuevo le había mandado volver á su presencia á decirle, que le edificase un templo en aquel sitio en que la había visto y hablado; “y que le certificase cómo era la Madre de Jesucristo la que lo enviaba, y la siempre Virgen María.”

Oyóle con mayor atención el Sr. Obispo, y empezó á moverse á darle crédito; y para certificarse más del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas acerca de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decía, y acerca de las señales que tenía la Señora que lo enviaba: y aunque por ellas reconoció que no podía ser sueño ni ficción del indio, para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relación sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: “que no era bastante lo que le había dicho, para poner luego por obra lo que pretendía; y que así le dijese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas de donde coligiese que era la Madre de Dios la que lo enviaba, y que era voluntad suya que se labrase un templo.” Respondió el indio, “que viese cuál señal quería para que la pidiese.” Habiendo hecho reparo el Sr. Obispo, que

rencia, y los seis testigos indios ancianos de las Informaciones citadas, afirman expresamente que “Juan Diego en tiempo de la Aparición era viudo, porque dos años *antes* había muerto su mujer, que se llamaba María Lucía.”

Hay todavía más. En el Testamento de Juana Martín, parienta de Juan Diego, otorgado en Cuautitlán á los 11 de Marzo de 1559, se expresa así la misma testadora: “Juan Diego se casó con una doncella que se llamaba María; y presto murió la doncella y quedó solo Juan Diego. Después pasado algún tiempo, por medio de él, se hizo el milagro allá en Tepeyac, en donde apareció la amada Señora Santa María, cuya amable imagen vimos”